



los sofismas helénicos: el fraile descalzo predica á la puerta del baron contra el lujo y la inmoralidad, y le dan en recompensa ora limosnas, ora palos; preséntase tambien allí el alegre trovador, bailando con las plumas de pavon flotantes en su birrete de color carmesí, y como premio de las sátiras y alabanzas que canta á las bellas y á los héroes, obtiene los vestidos del baron y el amor de las damas.

Así, pues, la ignorancia que se tenía de aquel tiempo por la escasez de noticias ó por negligencia en examinar las que existían, la acrimonia contra el poder espiritual que constituía su vida, y una satisfaccion vanidosa de las ventajas actuales, indujeron á creer que en la Edad Media sólo reinaba la arbitrariedad, y que una violenta opresion era el único carácter de su existencia civil y eclesiástica. Por eso, mientras que miles de autores han escrito la historia antigua, ha habido pocos que se hayan dedicado á trazar la de los siglos medios, y aun estos pocos lo han hecho con la precipitacion propia del fastidio. Las historias universales han pasado por ella de corrida; además de que, titulándose historias universales las que por lo general no han sido sino meras colecciones de historias particulares, debían resultar defectuosas al querer pintar una edad que no se comprende si el golpe de vista filosófico no abraza y unifica todo cuanto interesa á la humanidad.

Por otra parte, en la descripción de ninguna época se han empleado tantos lugares comunes como en la de la Edad Media; todo se ha vuelto deplorar las tinieblas que se condensaban sobre el mundo; los arcos y los templos demolidos; el cetro de la tierra arrancado á la reina del Tíber; las musas asustadas al oír los aullidos de los bárbaros; las cimitarras de los vencedores y la cobardía de los vencidos; con otras frases generales que emplearon á porfía prosistas y poetas, que se presentan á la pluma cuando carece la mente de pensamientos, y que prestan tan buen servicio á los que no necesitan comprender. Agrégueseles algunas otras expresiones indeterminadas; por ejemplo: *en aquellos siglos, en la Edad Media, en los siglos oscuros*, como si hubiese continuado

el estado de la sociedad sin cambiar en nada desde Augústulo hasta Rodolfo de Habsburgo, cuando por el contrario se sucedieron tantas revoluciones, ó mejor dicho, agitó al mundo una revolucion no interrumpida. Las narraciones fueron desfiguradas tambien por ciertas fórmulas abstractas que entónces carecían de sentido ó lo tenían diferente del que les corresponde: *Las prerogativas de la corona, los derechos de sucesion, la herencia legitima del trono*; expresiones heterogéneas, pertenecientes á otros tiempos y á condiciones sociales muy diversas.

Si á esto se añade la pretendida gravedad histórica, que desechando los pormenores que tenían algo de plebeyos, obligaba á exponerlo todo en un estilo magistral, fastuosamente inhábil para bosquejar una sociedad en que entraban tan variados elementos; si se une por último á lo que precede una alusion acerca de las supersticiones de los frailes, un sarcasmo contra el clero libertino y belicoso, alguna inyectiva contra los ambiciosos pontífices que no permitían á los reyes proceder en todo á su albedrío, se tendrá formada una de las historias ordinarias de la Edad Media.

A fin de que el cuadro presente las debidas dimensiones y produzca el efecto apetecido, conviene que hasta el año mil, vaya gradualmente anublándose todo. Entónces precisamente comenzará á aclarar poco á poco, siendo de necesidad, que á la bárbara patria de Dante y Petrarca devuelvan el gusto de las letras los miserables pedantes que huían de las impotentes escuelas de Constantinopla. Nadie deberá haber tocado un pincel hasta Cimabue, ni habrán de merecer el menor recuerdo los anteriores ensayos, hasta que la proteccion de algun príncipe no favorezca el vuelo de la pintura, y cree á Miguel Angel y á Rafael: los italianos deberán haber perdido toda memoria de las leyes á que antiguamente se sujetaron; hasta que se encuentren en un saqueo las *Pandectas*, que en seguida serán enseñadas en las cátedras, aplicadas á la sociedad y reveladas á todo el mundo. ¿Qué más? no habrá de haberse escrito ni hablado sino una jergonza sin reglas, hasta que la lengua vulgar se lance de



repente, como Minerva cuando salió armada del cerebro de Júpiter, virgen admirable, á describir todo el universo.

No habia faltado, sin embargo, quien aplicase una doctrina seria á la historia de los siglos medios; y los italianos, que despues han permitido que las demas naciones los hayan dejado atras, y á quienes se ha tachado de idólatras de la literatura clásica, fueron los primeros ó del número de los primeros que sacaron á luz los documentos de aquel tiempo, y que hicieron buen uso de ellos (1). El cardenal Baronio redactó con grande inteligencia y un valor á toda prueba los *Anales de la Iglesia*, que entónces eran los del mundo, y aprovechó los documentos del Vaticano, publicando ade-

(1) Los materiales históricos de aquella época son tan abundantes como confusos, y en su mayor parte están sin examinar. Pueden encontrarse indicados en: Hankius, *De Byzantinorum rerum scriptoribus*. Leipzig, 1767.—*De scriptoribus Poloniae et Prussiae historicorum virtutibus et vitiis*. Colonia, 1723.

Le Long, *Bibliothèque historique de France, augmentée par Ferrette de Fontelle*. Paris, 1768.

W. Nicholson, *The english, scottish and irish historical library*. Londres, 1776.

J. A. Fabricius, *Bibliotheca latina mediae et infimae latinitatis*. Opus recensum studio J. D. mansi. Padua, 1754.

M. Frehierus, *Directorium historicorum mediae potissimum aevi, recognovit et censuit G. C. Hambergerus*. Gotinga, 1772.

N. Ant. Hispalensis, *Bibliotheca hispana vetus et nova, curante F. B. Bagesio*. Madrid, 1783.

Nelis, *Rerum Belgicarum prodromus, sive de historia belgica ejusque scriptoribus praecipuis commentatio*. Ambéres, 1790.

C. W. Warmholz, *Bibliotheca historica suevo-gothica*. Estokolmo y Upsal, 1782-1803.

B. G. Struvius, *Bibliotheca historica aucta à C. G. Budero et J. G. Meuselio*. Leipzig, 1782-1802.

J. G. Buhle, *Versuch einer kritischen Litteratur des russischen Gesch.* Moscou, 1810.

C. F. de Schnurrer, *Bibliotheca arabica*. Halle, 1811.

G. L. Baden, *dansk norsk historik bibliotek*. Odensee, 1815.

Dhalmann.—*Quellkunde der Deutschen Geseh.* Gotinga, 1830.

F. V. Raumer, *Handbuch merkwürdiger stellen aus den lateinischen Schriftstellen des mittelalters*. Breslau, 1813.

Para facilitar el estudio de los monumentos pueden consultarse:

Mabillon, *De re diplomatica*. Paris, 1681.

C. du Fresne du Cange, *Glossarium ad scriptores mediae et infimae graecitatis*. Leiden, 1688.—*Glossarium ad scriptores mediae et infimae latinitatis*. Basilea, 1678.

más muchos de éstos con profunda erudicion, saber enciclopédico, buen método, y una claridad y precision que han reconocido en él hasta sus mismos adversarios; tanto, que el protestante Escalígero le admiró, Fleury le cita con frecuencia, aunque para deducir consecuencias muy distintas; y los errores que cometió han sido señalados, ántes que por ningún otro censor, por los católicos Pagi y Manso.

Continuó los *Anales* con ménos crítica y más credulidad, Orderico Raynaldo, el cual encontró mayor cosecha de pruebas históricas en una época ménos ignorante; y la obra de ambos escritores formó el más rico repertorio, y la mejor historia de la Edad Media.

Es necesario descender desde ellos casi hasta Muratori, quien, segun dice Manzoni, consagró largas y no materiales vigiliias á reunir y pasar por el crisol de la crítica, noticias de aquella época. Explorador infatigable, juez circunspecto, editor liberalísimo de memorias de todas clases; analista siempre diligente, con frecuencia feliz en el reconocimiento de los hechos, en rechazar las fábulas más

Carpentier, *Glossarium novum ad scriptores mediae aevi, sive supplementum ad Cangii Glossarium*. Paris, 1766.

J. G. Adelung, *Glossarium manuale ad scriptores mediae et infimae latinitatis*. Halle, 1772-1783.

Altaus, *Calendarium mediae aevi, praecipue germanici*. Leipzig, 1729.—*Chronicon Gottvicense, Prodromus, sive de codicibus antiquis mss., et de imperatorum et regum germanorum diplomatibus*. Jegersee, 1732.

Lacombe, *Dict. du vieux langage français* (desde el siglo IX al XV). Paris, 1766, con el suplemento de 1767.

J. Ihre, *Glossarium sviogothicum*. Upsal, 1769.

E. Lye y O. Manning, *Dict. saxónico et gothico-latinum*. Londres, 1772.

Scherzius, *Gloss. germ. mediae aevi, cura J. J. Oberlini*. Argentorati, 1781.

Maffei, *Historia diplomatica*. Verona, 1727.

A. Pilgram, *Calendarium chronologicum mediae potissimum aevi monumentis accommodatum*. Viena, 1781.

C. F. Rösler, *De ann. mediae aevi varia conditione*. Tubinga, 1788.—*De arte critica in annales mediae aevi diligentius exercenda*. Ibid., 1789.—*De annalium mediae aevi interpretatione*. Ibid., 1793.

Biörn Hamderson, *Lex. islandico-latino-danicum*. Copenhagen, 1814.

Dom. Clemente, *Art de vérifier les dates des faits historiques*. Paris, nueva edicion de Saint-Allais.



acreditadas en su tiempo, y en indicar las causas próximas y especiales de los acontecimientos; colector atento de los rasgos diseminados en los documentos de la Edad Media, y que pueden servir para dar una idea de las costumbres y de las instituciones á la sazón vigentes, resolvió y presentó tantas cuestiones, segregó tantas inútiles y ociosas, y allanó el camino á tantas otras nuevas, que su nombre, así como sus descubrimientos, se encuentran y deben encontrarse á cada paso en los escritos posteriores que tratan de la materia.

Sin embargo, en sus *Antigüedades de la Edad Media* (1) desmenuzó lo que no podía tener ningun significado sino mediante la unidad y la armonía; y luego en sus *Anales*, prescindiendo de la vulgaridad de la exposición (2), distribuyó los acontecimientos año por año, interrumpiéndolos y volviendo á tomar el hilo de ellos sin ninguna idea grande, con lo que hace ménos posible un pensamiento general. Además, por haberse limitado á la historia italiana, dejó de sacar de las extranjeras algunas noticias que la habrían ilustrado; resultando de esto, que sus aplicaciones no fueron siempre exactas, y que pecó á veces de estrechez de miras, aunque su juicio recto supla en los casos en que le falta la erudición, y aparezca más bien escaso de conocimientos que falaz.

(1) *Rerum italicarum scriptores ab à D. 500 ad 1500, quorum potissima pars nunc primum in lucem prodit*, 28 tomos en folio, Milan, 1723-1751.—*Antiquitates italicæ mediæ ævi*: 6 tomos en folio. *Ibid.*, 1738-1743. *Disertaciones sobre las antigüedades italianas*: 3 tomos en 4.º, *Ibid.*, 1757: traducción de la otra anterior, sin los documentos.—*Anales de Italia*: 13 tomos en 8.º, *Ibid.*, 1753-1756.—*De las antigüedades extensas é italianas*, 2 tomos en folio. Módena, 1717-1740.

(2) Sereno empezó á querer acortar la capa pluvial á Donato, 719. Pero era una gran confusion el tener que correr detras de éstos, 722. No sabian cómo digerir el tener por señor á un emperador impío, 728. Se volvió á Roma por miedo á la piel, 731. Se embrollaron no poco en este año los asuntos de Italia, 740. Camina á carrera abierta el celoso gritar del papa, 770. Viendo el rey Carlos que aquella ciudad era un hueso duro de roer, 773. Lo que manipularon de consuno el papa Juan y Boson, se ve por..., 878. La armada veneciana le dió un día una buena zurra, 1509. Los enfurecidos aldeanos no anduvieron lentos en hacer uso de las garras, *ibid.* Federico, en cuanto de él dependia, hubiera reducido al papa á llevar la capa pluvial de bombasí, 1239.

Merece ser colocado á su lado Escipion Maffei, quien en la *Historia de Verona*, elevándose de los intereses municipales á vastas consideraciones, arrojó las preocupaciones de su tiempo, y dijo cosas, si no nuevas, á lo ménos no comunes, sobre el número de los invasores, la índole de sus gobiernos, y el origen de los idiomas vulgares.

Fuera de Italia, la erudición tan inmensa como exacta de Du Cange, dispuesta, segun se halla, en forma de diccionario, es útil á los doctos, aunque no al mayor número. En general, los que acometieron la empresa de esclarecer una parte ó la totalidad de la Edad Media, como furon Tillemont, Ameilhon, Le Beau, Pagi, Eckhel y Bouquet, quedaron abrumados bajo aquella mole de cosas, ó atentos á sacar los hechos de la oscuridad, descuidaron las ideas.

¿Alcanzaron mejor suerte los que escogieron estas últimas como fin de sus investigaciones?

El odio, y no el amor, impulsaba á meditar sobre la Edad Media á los que se proclamaron á sí propios escritores filosóficos en el siglo pasado. Les habia trazado el sendero Maquiavelo, que les precedió en tiempo, así como en vigor de entendimiento. Elevándose en el proemio de las *Historias florentinas* sobre los pormenores de los acontecimientos para buscar las generalidades, pintó, ó á lo ménos delineó un célebre cuadro de la Edad Media; pero es forzoso decirlo, con permiso de sus admiradores y de la complacencia pátria, su vista se ofusca en medio de aquel caos, que no consigue ordenar, faltándole hasta la necesaria erudición, y preocupándole la política hasta el extremo de no hablar una palabra de literatura ni de bellas artes, sin embargo de vivir en la ciudad más civilizada de los siglos medios. Sólo nombra á Dante para decir que aconsejó á la Señoría armar al pueblo contra los negros; de tal manera separa la vida del pensamiento de la del Estado. Enteramente pagano respecto de esta última, y sintiéndose animado por el deseo de todas las almas generosas, la independencia de Italia, quiere llegar á ella por cualesquier medios, aunque sean inmorales, como los que



emplearon los extranjeros para subyugarla; y únicamente conoce la sociedad civil antigua, sin tener idea de la que se le asocia entre los modernos, y que sirve de fundamento á las leyes y al derecho.

Guillermo Robertson le tomó por modelo en la *Introducción á la vida de Carlos V*. Más rico de materiales, comprendiendo que las demas ciencias deben auxiliar á la historia, ensanchó su cuadro; pero también idolatró escolásticamente la forma, hasta sacrificarle el fondo; y todo lo que en aquellos siglos robustos se presentaba á sus ojos como enérgico y característico, lo ajustaba por fuerza al lecho de Procasto que se habia construido. Esto disminuye, aunque no le quita el mérito de haber reunido en grandes masas sucesos que andaban diseminados, señalando los más generales, que contribuyeron á cambiar la faz del mundo; si bien el espíritu de sistema le llevó luego á generalizarlos demasiado, omitiendo ciertos pormenores que dan cuerpo á los contornos y explican á veces los grandes acontecimientos; y prendado de las libertades de su país, censuró los tiempos en que el edificio social no se hallaba aún terminado, sin reflexionar que cabalmente fué entonces cuando se echaron sus cimientos y se preparó su grandeza.

Montesquieu tiene el relevante mérito de haber descubierto el vínculo que une á la historia y la legislación, esclareciendo ésta por medio de aquélla, y el de haber fijado su atención en lo que contribuye, más que el nombre y la bondad de los príncipes, más que la prudencia política, á la felicidad ó á la desgracia de los pueblos, por rozarse con sus intereses más preciosos é inmediatos. Pero no observa al hombre, sino bajo el aspecto de las instituciones políticas; además, en su tiempo se ignoraban aún demasiadas cosas, contentándose en otras muchas con las relaciones de los viajeros que primero le vinieron á la mano, sin examinar si sus juicios eran exactos y si habian dicho la verdad, ni acomodarlas á la índole de cada tiempo y nación. Los mismos sistemas que planteó, y los métodos que indicó, enseñaron á conocer sus flacos y sus errores: Møser, Eichhorn, Meyer, Grimm.... con respecto á la

legislación alemana; Sismondi, Montlosier, Bernardi.... en cuanto á la francesa; Savigny, Leo, Troya.... relativamente á la italiana, por medio de nuevas teorías, derrocaron y corrigieron las de Montesquieu, Hume, Robertson y Giannone.

Hume, á quien acabamos de nombrar, en el principio de su historia de Inglaterra, habla de la constitución de los tiempos medios con una elegancia que degenera en monotonía; pero á fin de incensar á los enciclopedistas, que entonces dispensaban la fama y la gloria, manejó demasiadas veces el arma del sarcasmo y el desprecio, enemigos capitales de la reflexión; y sin creer en la generosidad, sólo comprendió la libertad bajo ciertas formas. Dotado de razón, no de imaginación, escéptico en historia como en filosofía, además de su evidente y lamentable parcialidad, se equivocó completamente respecto de los tiempos anglosajones; creyó formada y perfecta la constitución inglesa desde el momento de su nacimiento, privándonos así del interesante espectáculo que ofrece el pueblo que va adquiriendo por grados sus franquicias. ¿Qué auxilio, pues, podrá suministrarnos para apreciar las instituciones de los demas países?

Giannone escribió bajo la influencia de una idea establecida de antemano; y con el objeto de emancipar á sus reyes de la tutela pontificia, destrozando lo que ellos llamaban armas, y que el pueblo contemplaba como escudos contra el poder absoluto, recopiló, como abogado que era, tan sólo aquello que debía servir á su fin, sin hacer ninguna diferencia entre épocas distintas; de modo, que era tan fácil refutarlo, como fué torpe é infame perseguirlo.

Á propósito de él, y de los demas escritores que han tratado de la dependencia en que se encontraban los reyes con respecto á la sede romana, no dejaremos de notar lo mucho que desfigura á la historia el circunscribirla dentro de los límites de un territorio, impidiendo así ver el concurso de los acontecimientos de todo el mundo, y dando cierto aire de capricho ó de intriga á actos, á los cuales un hombre ó un pueblo fué impulsado por las ideas y las necesidades de su tiempo. ¿Podremos esperar que al-



guno de estos errores se corrija, observando como nosotros lo hacemos en esta obra, cada suceso en relacion con toda su época y con todas las naciones?

Hasta que llegue para nosotros la hora de ser tambien juzgados desapasionadamente, prosigamos en el exámen de los autores que nos han precedido. Hallam, en su *Ojeada sobre el estado de la Europa en la edad media*, tiene el mérito de seguir en cada nacion el desarrollo de las constituciones, más que las guerras y los trastornos; pero si bien es cierto que conoce los documentos y las leyes de su país, las separa de las circunstancias que les dieron origen, se desentiende del pueblo, no comprende bien la organizacion feudal en toda Europa, los municipios aparecen en él sin saber cómo, y se alteran sin que se conozca la causa (1); efecto muy natural en todo el que, olvidando á los pueblos, no considera más que á los gobiernos. Jamas profundiza el estado social, cuyas revoluciones determinan el cambio de leyes; pasa ligeramente por cuestiones de grande importancia; rico de erudicion postiza, se contenta á menudo con aquellas generalidades que no exigen pruebas ni contradicen ninguna opinion; y siempre hostil á la Iglesia Católica, no comprende la unidad que ésta daba al mundo europeo. Sólo encuentra en los pontífices arrogancia y usurpaciones, como hubiera podido hacerse en el siglo pasado. Lo que tambien disminuye la confianza en sus asertos, es el observar que jamas somete á los historiadores á la crítica, y que trabaja con libros de segunda mano, declarando haber creído inútil recurrir á las fuentes, «porque este estudio aprovecha ménos para fijar la certeza de simples hechos, que para conocer el carácter de

(1) «Los bárbaros, aficionados por lo general á los usos antiguos, sin desear nada mejor, dejaron á los primitivos habitantes el goce tranquilo de sus instituciones civiles.»—«La única ciudad del Piamonte que en el siglo XIII mereció considerarse como un territorio separado, era Vercelli... y áun parece que allí la soberanía temporal estuvo en cierto modo en manos del obispo.»—«No puede darse ninguna noticia determinada del gobierno de las repúblicas italianas en los siglos XII y XIII.»

los tiempos en que se verificaron, lo cual no podría esperarse de un mero compilador» (1).

Con el afecto natural de un amigo y el respeto propio de un discípulo, nombró á Sismondi, quien al trazar la historia de las repúblicas italianas, y luégo las vicisitudes de los franceses, examinó la edad media, y contempló con deleite y cariño á los antecesores de los presentes italianos, encontrando virtudes patrióticas y republicanas donde ménos se hubiera esperado. Creyó, no obstante, que bastaba abrir la historia de aquellas repúblicas en los tiempos de Oton el Grande, y consideró como una concesion soberana ó una adquisicion repentina las franquicias que procedian de una serie de sucesos anteriores, y eran el resultado de largos padecimientos, de minuciosas resistencias, de tradiciones no interrumpidas en un pueblo que todo lo habia perdido, excepto los recuerdos. Impidieronle además las antipatías religiosas reconocer la grande armonía producida en Europa por la unidad católica, y no pocas veces le apartaron de aquella imparcialidad que debería esperarse en el relato de hechos consumados hace largo tiempo.

Excede á todos en reputacion Eduardo Gibbon, venerado por su escuela, y mirado con respeto hasta por los que disienten de sus doctrinas, á causa de su vasta erudicion, de su admirable sagacidad en descubrir nuevas fuentes, de su arte para reunir los hechos é interpretar las intenciones, y por último, de su extremado brío en el modo de exponer, que hace aparecer la erudicion como originalidad, y convierte la reminiscencia en sentimiento. ¿Qué libros hay, pues, que se adapten más que el suyo á la cómoda costumbre de ser siempre de la opinion del autor? Pero todo hombre que sepa reflexionar hallará en Gibbon una diatriba continua, inspirada simultáneamente por las preocupaciones del judío, del hereje y del filósofo, y en la cual dominan dos ideas; admiracion de la grandeza romana, y odio á toda clase de admiracion.

Como me he expresado respecto de este

(1) Nota 1.^a al c. I.



historiador demasiadas veces con una franqueza que á las personas tímidas del siglo actual habrá podido parecer menosprecio, ó el cobarde despecho del que odia virtudes que no posee, me considero obligado á declarar los grandes favores que les debo, en atencion al estudio que dediqué desde jóven á su obra, y á haber aprendido especialmente en ella el arte, tan poco practicado por la generalidad de los autores, de beber la historia en las fuentes más variadas; único medio de presentar con cierta novedad argumentos muy trillados. Pero ¿debía la gratitud impedirme ser justo? ¿Podía eximirme del deber de poner en guardia á la juventud contra uno de los escritores más peligrosos que han existido? Al examinar aquel cúmulo de acontecimientos de límites tan indeterminados, en que él fué verdaderamente el primero que abrazó con la vista todas las naciones, en lugar de interesarse por el bien de la humanidad, se burla de sus padecimientos; no tiene en cuenta las simpatías del pueblo; no conoce, ó no quiere confesar la corrupcion de la sociedad que sucumbia, ni las virtudes de la que acudia á ocupar su puesto. Cuando describe los errores de los preladós de la edad media, les da siempre en rostro con la disciplina de los primeros siglos; pero si se observa cómo ha pintado éstos, no se encontrará en ellos sino bajeza, ignorancia ó delito, causando su mala fe áun más indignacion que cuando abiertamente presenta á Sócrates como superior á Jesucristo, y cuando prefiere la doctrina de Epicteto ó el Corán á la del Evangelio. Mezquino en sus juicios acerca de las cosas más elevadas; siempre estudiadamente frio, como un rayo de luna que resbalando por la naturaleza aletargada la descolora; obstinado siempre en desviarse de la opinion comun, quiere por medio del racionalismo extinguir toda clase de admiracion, ya se dirija ésta á San Átanasio ó á Escanderberg, á los mártires cristianos ó á los republicanos de Italia; y si alguna vez se entusiasma, ridiculiza el asunto que le ocupa para no separarse de la aridez que se ha propuesto como fin, alegrándose siempre que encuentra ocasion de hacer comparaciones burlescas ó abyectas, ó de fulminar

epigramas indecentes: en él, lo mismo que en Bayle, hallan á cada paso la malignidad en qué cebarse, y la rectitud y el pudor motivo para estremecerse (1).

Estos son los historiadores en quienes generalmente aprenden los italianos á conocer y despreciar la edad media. Yo tambien he leído sus libros con toda el ansia y el deleite que arrastra á la juventud hácia las cosas prohibidas, y á mí tambien me deslumbraron, como acontece en la edad que absorbe y crece; pero, cuando hube llegado á aquella en que se compara y se elige, empezó á parecerme soberbia semejante modo de enumerar entre los bárbaros á Carlo-Magno, Geberto, Godofredo de Bullon, Luis IX, Felipe Augusto, Fernando de Castilla, Alfredo, Canuto, Juana de Arco, Tomas de Aquino, Alberto el Grande, Dante: se me resistía declarar como toscas á las edades en que se construyeron Westminster y Nuestra Señora de París; las maravillas de Granada y de Toledo; las catedrales de Reims, de Amiens, de Autun, de Colonia, de Ruan, y tantas otras fantásticas creaciones de un orden original, que sólo la pedantería puede llamar bárbaro; los siglos en que se inventaron los relojes, los molinos de viento, el papel de trapo, las señales en la táctica naval, el empedrado y el alumbrado de las calles, la pintura al óleo, los hospicios para los ancianos y para los niños; en que un fraile anunció los antípodas y otro los globos aerostáticos y el vapor (2); una época en que se introdujeron tantas comodidades en los usos de la vida, las chimeneas, el café, el azúcar, los manteles, el asador de rueda, los

(1) Dice que «los principales acontecimientos de este mundo dependen del carácter de un solo autor.» LXV, tomo XII, pág. 397 de la edicion de Guizot. Y en otra parte: *C'est à la religion de Gengis-kan que nous devons principalement nos éloges et notre admiration. Il mourut plein d'années et de gloire.* LXIV.—Llamo muy particularmente la atencion del lector sobre este pasaje: *On trouve une conformité singulière entre les lois religieuses de Gengis-kan et celles de monsieur Locke, dans la constitution de la Caroline.* ¡Extraño modo de alabar á un filósofo del siglo XVIII, comparándole con un tártaro del siglo XII! ¡á un filósofo que quizá se hubiera avergonzado de que se le comparase con Santo Tomas de Aquino!

(2) Virgilio y Rogerio Bacon.